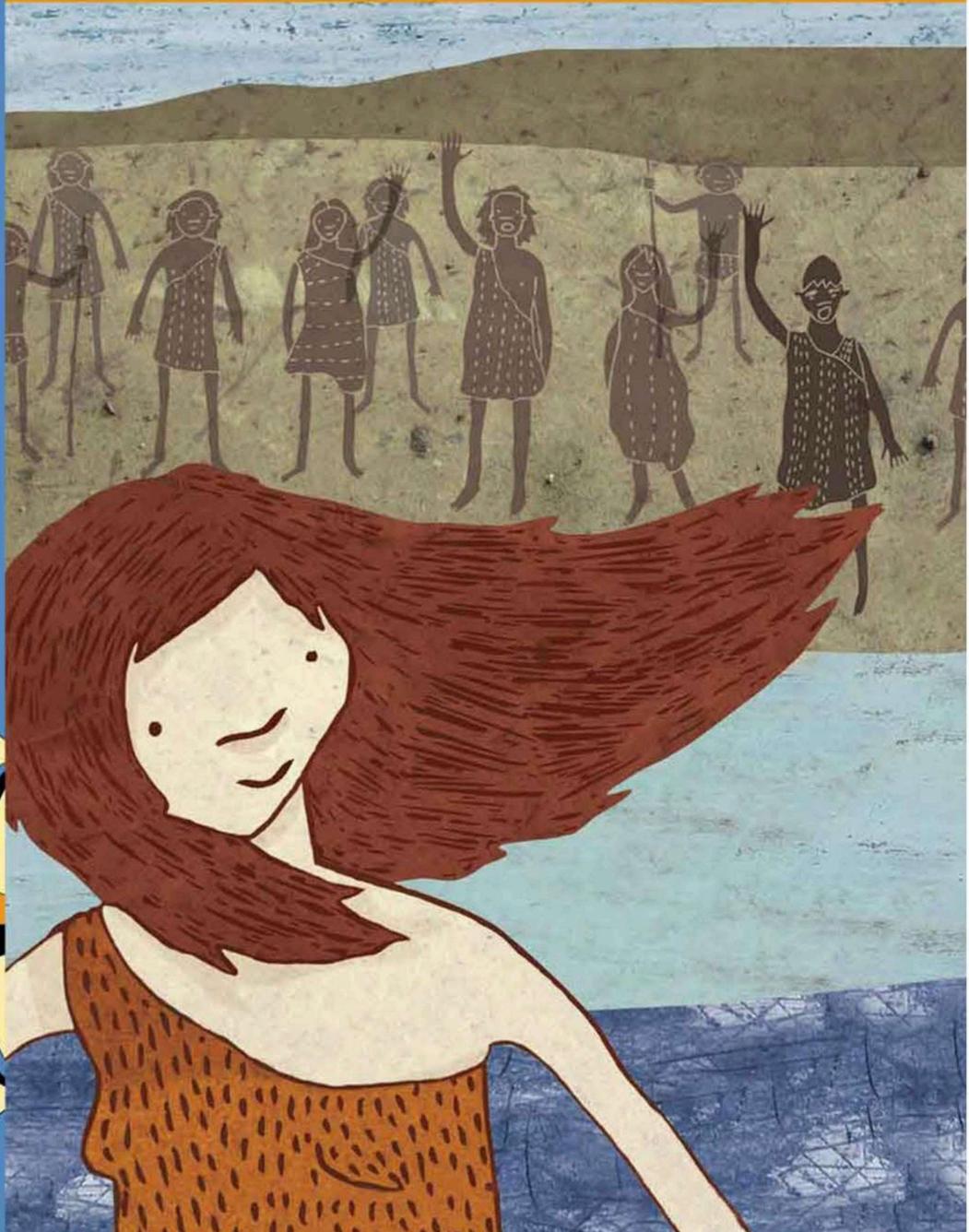


Lita la niña del fin del mundo

ANA MARÍA DEL RÍO

ZIG-ZAG NOVELA





LITA, LA NIÑA DEL FIN DEL MUNDO

ANA MARÍA DEL RÍO

ILUSTRACIONES DE
SOLEDAD SEBASTIÁN



e-I.S.B.N.: 978-956-12-2664-7

1ª edición: abril de 2014.

Gerente editorial: José Manuel Zañartu Bezanilla.

Editora: Alejandra Schmidt Urzúa.

Asistente editorial: Camila Domínguez Ureta.

Director de arte: Juan Manuel Neira.

Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

© 2014 por Ana María del Río Correa

Inscripción N° 136.154. Santiago de Chile.

© 2014 para la presente edición por

Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Inscripción N° 136.154. Santiago de Chile.

Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.

Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.

Teléfono [56 2 28107400](tel:56228107400). Fax [56 2 28107455](tel:56228107455).

www.zigzag.cl / E-mail: zigzag@zigzag.cl

Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo
ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio
mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia,
microfilmación u otra forma de reproducción,
sin la autorización escrita de su editor.

Leo a Lita con frecuencia. Es el único de mis libros con el que hago esto. Y cada vez, al terminar, siento una emoción, algo tibio en el corazón, que me dice que Lita existió, claro que existió, hace miles de años atrás, en medio de la nieve y el frío que cubría el mundo, en medio de una banda de cazadores que entraban a América mucho antes que Colón, por el estrecho de Behring y ¡a pie!

Y también siento que Lita existe. Hoy en pleno siglo XXI, Lita es una adolescente como tú que te preparas para leer este libro. Y es una adolescente como tú porque es rebelde, es apasionada, ha sufrido y quiere algo que aún no conoce y que va a conocer a lo largo del libro: el amor.

Seguramente, si viviera hoy, Lita se vestiría de otra forma, tal vez con ropa alternativa, tal vez se haría ella su propia ropa. Tal vez tendría celular y mandaría whatsapp a sus amigos y amigas. Pero, por sobre todo, Lita sería como tú porque es capaz de crear su mundo y de luchar por él hasta encontrarlo. Y sería como tú porque está llena de fuerza, de ideales, de ideas, de proyectos, de planes, de sueños. Y Lita se conoce perfectamente. Sabe cuándo es la hora de cambiar, de empezar algo nuevo. Y, como tú, Lita es, sobre todo, valiente. No vacila a la hora de tomar decisiones.



Lita sabe que su nombre viene de la palabra "piedrecita". Ella es una piedrecita que rueda por la historia, arrastrando con ella tu historia y la de todos los jóvenes que la lean. Porque leer a Lita es hacer que nazca de nuevo.

Ana María del Río
Santiago, inicios de 2014

1

Lita corría. No sabía hacía cuánto tiempo. Corría, veloz, con toda la fuerza de su cuerpo entrenado para correr como el de un hombre, a pesar de que era una niña y solo tenía 14 años.

Corría y oía sus pasos. No era como en las estepas o montañas con nieve, en que los pasos se volvían mudos y la velocidad solo una intención del pensamiento, disuelta en el inmenso silencio de la nieve eterna. Ahora Lita corría y oía la quebrazón de ramas, hojas y el chapoteo musical de sus pies en esa especie de nata acuosa que era el piso de aquel bosque milenario de robles, araucarias, maitenes, boldos, sequoias.

Pasaba como un pensamiento rápido por entre la masa de ese verde tan oscuro que parecía negro, de bosques que no terminaban nunca.

No sabía que estaba en la Patagonia de Chile, hace diez mil años atrás. Solo corría y corría.

Iba en pos de un animal. Pero algo más oscuro que esa seguridad corría también con ella, dentro de ella, como una nuez desconocida, algo que no sabía qué era pero que volvía su carrera desesperadamente veloz.

Lita era cazadora. Algo insólito para la época glacial Wisconsin cuando las niñas que nacían generalmente eran muertas a pedradas porque eran una boca más que no daría frutos sino hasta muchos años después.

Era la única niña cazadora de la banda de los Hombres del Milodón. Y la única niña cazadora del mundo entero en esa época. Su padre, Uhle, el jefe de la banda, la había entrenado en tareas de hombre, negándose a que trabajara con las mujeres. Por esto Lita era delgada, un solo nervio, alta, bella y salvaje. Bajo su piel fina y bronceada, se veían los fuertes músculos. Sus pómulos altos marcaban su cara como dos lunas invisibles.

Estaba acostumbrada a las peores privaciones. A pesar de las feroces miradas de reprobación y las cejas enarcadas de los otros cazadores, su padre la había llevado consigo a las jornadas de caza, aquellas en las que las mujeres se quedaban esperándolos y se encerraban bajo los aleros rocosos o en las cuevas de las montañas, encendiendo el fuego, preparando los raspadores y raederas, los cuchillos de descarnar, relamiéndose los labios y parloteando sin cesar unas con otras. También a ellas les parecía insólito, contra todas las reglas de la vida, convertir en cazadora a una niña, elevarla a una categoría de varón. Pero se remontaban mucho más atrás, a lo que había pasado primero y comprendían. Las mujeres siempre comprendían, abarcaban todo más rápido que los hombres. Y sabían qué pasaba en el corazón de Uhle, el gran cazador de la banda de los Hombres del Milodón.

El entrenamiento de Lita había sido duro, durísimo. Su padre la había hecho correr hasta el desfallecimiento a través de durísimas estepas con una costra de hielo, sin caer, ni

resbalar, tratando de dar caza a aves en vuelo; la había hecho trepar más y más y más rápido a árboles altísimos y de tronco liso y resbalosamente verde, llenos de limo; había ejercitado su fuerza haciéndola llevar pesos inconcebibles para su edad; la alimentaba apenas para mantenerla elástica y fuerte.

Un día la hizo venir. La miró.

–Confía en mí, Lita –dijo, serio, ceñudo, con ese ceño que se le había puesto entre las cejas desde aquella terrible noche, allá en Asia, hacía mucho tiempo.

Entonces sacó su cuchillo de despresar y le cortó detrás de las rodillas.

La sangre de Lita corrió hasta caer única, roja, más roja que el rojo, sobre la nieve alba. Lita apretó los dientes. Sentía un desfallecimiento con una mezcla de salvaje energía animal. Sus narices se abrieron, oliendo el aire glacial. Luego su padre la hizo correr hasta el cansancio, hasta el llanto, sobre la nieve blanda de una meseta que lentamente se fue tiñendo rosada con su sangre.

Lita sabía que ese era el tratamiento que le daban a los jóvenes cazadores de la banda. Se lo habían dado a todos los hombres cuando eran muchachos. Sabía desde hacía tiempo que su padre deseaba ardientemente que hubiese sido muchacho.

Después de la carrera, Uhle la levantó tiernamente entre los brazos y la llevó medio desmayada hasta el campamento. Allí junto a Sat, la vieja matriarca, él mismo la curó aplicándole hierbas en las profundas heridas tras las rodillas y acariciándola. En medio de su oído, Lita sintió que su padre cantaba una canción solo para ella, acunándola, protegiéndola y marcándola para siempre como hija.

Hija de Uhle, la cazadora, decían los hombres, rechinando los dientes. Su joven hija había pasado a llevar a todos. Corría más rápido que ellos y era capaz de trepar una saliente de roca en un santiamén. Era capaz de permanecer días de días al acecho, sin moverse, sin respirar, sin comer. No tenía nunca sueño ni daba muestras de cansancio. Y su prodigioso olfato percibía a los animales a miles de pasos de distancia. Es perfecta, pensaba Uhle, mirándola. Perfecta. La continuación de mi Maka. Eso no lo decía a nadie. Pero sentía un miedo cervical, en el hueso de su corazón, que Lita le fuera arrebatada de manera tan súbita, tan gratuita, tan injusta, tan grotesca como le había sido arrebatado Maka, su amada compañera. Eso lo evitaría él. No la dejaría ni a sol ni a sombra. Y le enseñaría a defenderse en contra de los seres del mundo. De todos los seres que podían hacerle daño.

Y así había sido. Había pocos que vencieran a Lita en la lucha. Y aunque manejaba la lanza con destreza y era capaz de pulir finas puntas, se había negado siempre a usar la lanza en contra de los animales. A pesar de las reconvenciones y de los ceños y de dejarla sin comer, Uhle no había conseguido que Lita disparara una lanza para matar un animal. Ella tenía otra manera de cazar.

Lita se había convertido al fin en una cazadora. Pero distinta a todos los demás cazadores del mundo entero.



Lita cazaba sin armas. Tenía un olfato prodigioso. Sentía la presencia y el aire de un guanaco, de un mamut –antes, de un bisonte, cuando estaban en las estepas asiáticas–, de un caballo, de un ciervo de los pantanos, a miles de miles de pasos de distancia.

Y entonces comenzaba la persecución. Corría como el viento, sin equivocarse nunca la huella del paso de la huida del animal. Corría tan rápido que los demás cazadores solo tenían que esperar a verla aparecer con su larga melena oscura con reflejos caoba como el tronco de los robles, trayendo al animal de la quijada, caminando mansamente tras ella, fascinado por su seducción.

Y era que Lita no cazaba dando muerte. Perseguía al animal hasta encontrarse frente a él, sin importarle su tamaño o su ferocidad. Y entonces, entonces cuando lo encontraba, se producía aquel milagro que los rudos cazadores no entendían aunque la habían espiado varias veces detrás de las rocas o desde los altos árboles. Lita se acercaba al animal y emitía extraños sonidos. Les hablaba en su idioma. El animal dejaba de resistirse y escapar. Y la seguían donde quiera que ella fuese. Tras Lita y la banda del Milodón iban ya dos caballos, tres ciervos de los pantanos, siete huemules, cuatro guanacos, dos zorros colorados y un viejo mamut lanudo que los habían acompañado por las estepas de Asia, muriendo después en el camino. Catorce llamas habían atravesado Chile con ellos desde el norte. Ahora no quedaba ni una. Enfermas de frío, habían ido siendo comidas. La banda tenía preferencia por su carne. Y no había nada que hacer. Era su padre Uhle quien designaba qué animal se mataba de los del rebaño de Lita.

Esto solo sucedía cuando el hambre y el frío arreciaban y los cazadores hombres llegaban con las manos vacías de algunas de sus partidas de caza a muerte. Entonces Uhle hacía una señal a su hija. Lita se dirigía a alguno de los animales que iban siguiéndola y lo abrazaba, explicándole que necesitan su carne porque si no los Hombres del Milodón morirían. Luego daba la señal y solo ahí podían los cazadores matarlo con sus lanzas, sus estólicas o llevarlo hacia un desfiladero desde donde le lanzaban un pesado peñasco en la cabeza. Entonces llegaban las mujeres, armadas con sus cuchillos de descarnar y sacaban primero los cuartos traseros, los mejores, y se los ofrecían a Uhle. Este siempre los partía en rigurosas partes iguales. No había privilegios

en la banda. Iban todos tras lo mismo desde aquella noche, hacía cientos de años en las estepas de Asia.

Lita había iniciado un nuevo sistema. Por esto, la banda del Milodón se distinguía de todas las otras: no tenía necesidad de cazar para matar el hambre. Los animales los seguían, como una despensa viviente. Y ellos, los hombres, eran los únicos que no caminaban incesantes tras la caza. Iban con otra misión y todos lo sabían. Por eso se distinguían de todos los grupos de aquel entonces, recelosos y huidizos. Ellos, la banda del Milodón, no huía. Perseguía algo, incansables, tenaces, con una paciencia que lindaba con la eternidad. Habían atravesado toda América del Norte, desde las estepas del Asia, pasando a tierra por el angosto corredor terrestre entre dos inmensas murallas de hielo que había quedado al recogerse los mares con los hielos. Habían atravesado aquel angosto paso, el Yukón, con el alma en un hilo, pisando el suelo fangoso del fondo de lo que había sido mar, sabiendo que se adentraban en lo desconocido, pero sabiendo a ciencia cierta que no podían dejar de ir tras él. Tras el Milodón Gigante.

Sin embargo, había tardes en que los hombres, sin Lita, organizaban pequeñas cacerías, por el placer de cazar. Eran verdaderas fiestas. Ahí se ponía a prueba el ingenio del animal por sobrevivir. El encuentro con el hombre era la muerte por lanza o estólica. Pero era en esas ocasiones cuando los cazadores apreciaban las extraordinarias dotes de Lita para la caza y la persecución de un animal. Ellos se demoraban días, a veces hasta semanas o meses en dar con el paradero de un guanaco furtivo, o de un bisonte veloz, o en acorrallar un gran mamut y empujarlo a punta de gritos hasta un despeñadero, o ir tras una partida de zorros alerta. A veces volvían sin nada, con el fracaso y la rabia pintada en sus caras. Habría que acudir a los animales de Lita para comer. La respetaban, pero en el fondo le tenían rencor. Sabían que Uhle había educado a un ser extraño, con extrañas dotes. Merecía respeto, admiración, pero también un poco de odio y envidia. Lita sentía todos estos sentimientos alrededor de ella envolverla como una piel confusa y no del todo sana, cuando estaban todos juntos junto al fuego en las frías noches de aquel invierno que ya duraba cientos de años.

Mientras corría sentía que los árboles, las ramas corrían hacia atrás. Pero algo la hacía correr hacia el pasado. Mientras corría recordaba profusamente toda su larga, larga vida pasada. Que no pasaba, sino que parecía detenida como aquel lago. Lita quisiera, a veces enrollar el tiempo como los cueros de guanacos y desenvolverlo hasta los orígenes. A veces lo lograba. Hoy, por ejemplo, el tiempo se le iba hacia atrás a medida que su velocidad aumentaba.

“Algo le pasa al hielo”, pensó. Era cierto. El suelo del compacto bosque se ablandaba. En la carrera sus pies veloces habían comenzado a hundirse en una pasta de suaves ramas, hojas y agua, agua semi pantanosa e incógnita, tan distinta de las duras llanuras con la costra de hielo impío o las cumbres montañosas con murallas de hielo verde y rocas afiladas, por las que habían trepado, bajado, vuelto a trepar y a bajar durante tantos años.

2

¿Cómo habían llegado hasta allí? Sus recuerdos se iban lejanísimos hacia Asia, cientos de años

antes. Desde allí habían partido después de aquella noche terrible, que aunque no quisiera se le venía al recuerdo: la noche del Milodón. La noche en que su madre Maka había muerto a manos del Milodón Gigante. Allí Lita tenía catorce años y había seguido teniendo catorce años por todo aquel extensísimo período de tiempo, como si el tiempo se hubiera olvidado de transcurrir, enrollado como una piel de viaje junto al hielo del período.

Aquella noche en Asia, la lejana. Todos los jóvenes cazadores se hallaban algo más allá afilando y formando piedras para las puntas de lanza. Las mujeres siguiendo su costumbre, encucilladas, preparaban pieles, avivaban el fuego, ponían semillas a hervir, o pulían o machacaban. Todas estaban en tierra excepto la bellísima Maka, la eterna inquieta, la mujer de Uhle el joven jefe de la banda. Ella se hallaba subida a los árboles que rodeaban el alero en busca de nuevas hojas, gustos, olores, semillas, flores o frutos. Apasionada por la variedad y por los descubrimientos que ya había hecho: hojas que hacían dormir, hojas que hacían bailar, hojas que servían para sanar heridas.

Los grandes animales habían emprendido la marcha hacia allá. Así se designaba la estepa

infinita. Iban hambreados en busca de los sesenta kilos de hierba diaria que necesitaban para no morir de hambre. Algunos quedaban tirados en el camino. Otros, más resistentes, seguían y seguían, nacían otros durante el peregrinar y los descendientes volvían a seguir siguiendo.

No sabían que iban hacia el sur del mundo.

La banda de Uhle aun no partía. Para ellos dejar las estepas de Asia era dejar la libertad. Todos eran jóvenes, fuertes. Estaban convencidos de que podrían resistir. Aún había bisontes, mamuts, grandes caballos y ciervos de los pantanos por los alrededores. Y ellos eran cazadores expertos.

El Milodón Gigante se presentó de súbito. Ninguna de las mujeres lo vio llegar. Acosado por el hambre el colosal herbívoro penetró como una tromba en el campamento de los cazadores a una hora desusada. Ningún animal caminaba de noche, excepto los lobos. Asustado por los gritos, acosado por el hambre, el animal se dirigió derecho hacia el único árbol, la gran haya donde estaba subida Maka. Lo sacó de cuajo con sus manos gigantescas y agitó la copa en todas direcciones. Maka salió disparada y se estrelló contra las rocas. Lentamente fue resbalando del montículo, dejando un rastro de sangre como la huella de su alma. A los gritos de las mujeres llegaron los hombres, y ahí mismo, en una noche que nadie jamás olvidará, se entabló una lucha sin cuartel. Eran los mejores, los más jóvenes y resistentes cazadores de Asia contra un animal de unas dimensiones que nadie habría imaginado. Alto como los más altos árboles, con una

masa corpulenta y una piel en la que costaba penetrar. Los hombres capitaneados por Uhle, que todavía no se había percatado de la muerte de su compañera, lo cercaron, ávidos. Si lo mataban, habría comida para varios meses. Pero el animal prevía sus movimientos y las heridas de lanza no parecían importarle. Parecía tener una resistencia eterna. Su sangre manaba abundante de dos heridas principales, una en el muslo izquierdo y otra al comienzo de la ingle.

Sat, la mujer más sabia de la banda fue a traer dos recipientes encebados. La sangre los llenó al poco rato. La lucha continuaba. El Milodón, enceguecido por las antorchas iba retrocediendo hacia el alero donde se hallaban las mujeres y los niños. Si caía sobre ellos los sepultaría a todos, tal era su tamaño.



3

En ese momento, Uhle descubrió a Maka, quieta, con su largo cabello rojizo, esparcido sobre la roca como un alarido mudo y final. Se lanzó sobre ella y la recogió en sus brazos. Maka se desmadejó en ellos, como agua. Uhle entonces lanzó un grito en Asia, que todos recuerdan. Era un grito geográfico, de un dolor más grande que la llanura. Todos quedaron paralizados. El Milodón Gigante abandonó su postura erguida y emprendió la huída. Nadie se lo impidió. Todos miraban a Uhle, horrorizados de la potencia de aquel grito.

Después, Lita recuerda imágenes borrosas, pero todo cambió en la vida de la banda. Uhle estuvo en una cueva con su compañera durante varias semanas. Al salir, todos comprendieron que sus vidas tomarían un destino distinto. Los compañeros cazadores de Uhle, las mujeres, los pocos niños –era una banda pequeña de unas dieciséis personas– se acercaron a él. Todos estaban enflaquecidos. Se habían mantenido en cuidadoso silencio durante esos días, sin partidas de caza, comiendo las hierbas y semillas machacadas por las mujeres en morteros de piedra. Estaban todos pálidos, desmejorados. El hambre hacía presa de ellos.

Uhle habló entonces siempre con el cadáver de Maka entre sus brazos. El frío y el hielo lo habían mantenido y lo mantendrían por mucho tiempo intacto.

–Nos vamos, dijo–. Tras él.

No agregó nada más. Todos comprendieron. Así tenía que ser. Lo perseguirían hasta darle alcance. Hasta darle la muerte.

Entonces se adelantó Sat –Lita aún la siente cerca mientras corre por el bosque–, con los dos recipientes llenos de esa sangre casi negra, que con el frío había empezado a endurecerse. Se acercó a Uhle y le dijo algo que nadie oyó. Uhle asintió. Le tenía respeto a Sat. Era joven, fuerte, hermana de Maka. La cabeza más sabia de la banda. Si ella decía que algo era necesario, era necesario. Era la que ayudaba a traer los niños al mundo, sacándolos de entre las piernas, golpeándoles las nalgas hasta que lloraran y envolviéndolos inmediatamente en pieles suaves.

4

Sat ordenó que hicieran fuego. Esa noche, junto a la inmensa fogata, uno a uno los 16 integrantes de la banda fueron desfilando frente a ella. Sat sumergía un hisopo hecho de piel de bisonte en los recipientes de sangre del animal y untaba a cada hombre, cada mujer, cada niño. Nadie podía tocarse la sangre. Debía secarse sobre uno. Lita aún recuerda la escena de aquel grupo de hombres y niños ensangrentados, como asesinos dando vueltas en redondo alrededor del fuego para que la sangre se secase sobre ellos. Desde esa noche todos supieron que serían distintos a las demás bandas que recorrían las estepas de Asia. Serían la banda del Milodón. Su destino era perseguirlo, encontrarlo y darle muerte donde quiera que este se encontrara.

Pocos días después dos cazadores lo avistaron dirigiéndose hacia “allá”. Iba con los otros grandes herbívoros que se internaban hacia la nada, galopando con sus flancos gigantescos por la salvaje extensión blanca de aquella tierra endurecida bajo una costra de hielo verdoso que hería los ojos. El Milodón Gigante también había sido vencido por el hambre y comenzaba su peregrinación hacia lo que nadie conocía.

Entonces Uhle hizo una seña a las mujeres. Se iban. No había nada que hacer. Con angustia, cada una comenzó a empaquetar los útiles, los morteros, las pieles, los huesos que servían de herramientas, los maderos, las pequeñas cosas de cada día, los carbones para el fuego, los recuerdos, las cosas preciadas, las semillas. Se hacían grandes bolsas de pieles que colgaban con bandas anchas a su frente. Ellas llevaban todo, recuerda Lita. Los hombres iban en los flancos con la lanza, mirando a todos lados, alerta, siempre alerta.

“Íbamos tras el Milodón. Sería nuestro destino. Entonces no nos dimos cuenta –piensa Lita, sin dejar de correr–. No sabíamos qué era lo que nos había pasado”.

Cerrando la marcha iban dos hombres que se turnaban llevando cuidadosamente una bolsa de la piel más fina de bisonte: dentro iba el cuerpo de Maka, incorrupto por el hielo. Sabían que Uhle, el jefe, no se separaría jamás de ella.

Comenzaron la marcha con temor. La única enteramente plácida era Maka, dormida y bellamente pálida como el hielo, dentro de su bolsa de pieles, como una niña dormida. Llegaron frente a un largo desfiladero y se detuvieron.

–Aquí había agua antes –dijeron.

Era cierto. Las aguas de los mares del mundo se habían recogido un metro y veinte. Más o menos el mismo grueso de la capa de hielo que cubría al mundo. Sintieron ese hielo sobre su corazón, cuando advirtieron que los animales hambrientos se habían internado por ahí. Era el corredor del Yukón. Caminarían por lo que había sido el fondo del mar. Todavía era un terreno cenagoso. Lleno de algas, conchas desiertas de caracoles y restos de plantas acuáticas. A ambos lados se erigían dos murallas temibles de hielo oscuro, causando el máximo de soledad y miedo cuando uno pasaba entre ellas. Era como pasar por la muerte. Los cazadores de aviso habían visto al Milodón tomando aquel sendero. Era por lo demás el único. Lo que nadie sabía era qué habría al otro lado. Fueron días y

días oscuros de marcha enlodada por ese suelo blanduzco y marítimo. Todos sabían que estaban entrando a otro mundo. Todos sentían lo que Sat sabía a ciencia cierta. Que sus vidas nunca iban a ser igual después de la muerte de Maka.

Por fin se avistó la salida. Los muros gigantes de hielo a ambos lados comenzaron a disminuir y el grupo de pronto se detuvo. Se veían diminutos frente a la inmensa extensión de hielo que se avecinaba. Un mar de hielo sin fin. A lo lejos distinguieron los bramidos de los herbívoros gigantes que galopaban para llegar pronto a algún punto y cortar esta terrible infinitud.



5

Después de un momento de muerte, tomaron la decisión. Se internarían en este otro mundo. No sabían que estaban pasando a América y que era el año diez mil antes de nuestra era. Lo que sí sabían era que se trataba de otro mundo, otro cielo. Miraron hacia arriba. Un sol débil salía en ese momento por el oeste. Y pensaron que la tierra no se había terminado. No habían llegado al borde del mundo. Había que seguir. Y siguieron. Iban tras el Milodón. Eso no podían olvidarlo nunca. En ese momento Sat lo pronunció: -Somos la banda del Milodón -dijo.

Todos asintieron. Uhle nos miró. Parecía haber vuelto a ser humano. De nuevo era un cazador y era mi padre. Me llamó a su lado.

-Tú vas conmigo, Lita -dijo.

Las mujeres se miraron. Qué quería decir eso, lo sabrían poco después. Los hombres miraron el suelo, gruñendo. Nunca se sabía con Uhle. Pero era el mejor. Y habían decidido seguirlo.

6

Lita atraviesa un bosque distinto. Esta tupición de árboles sin fin la pierde. Su olfato la rescata sin embargo. Siente el olor del huemul, el olor del miedo del huemul que escapa pisando casi alado sobre el agua con sus finas pezuñas. Lo tendrá que alcanzar. Siempre lo ha hecho. Pero esta vez, ella siente que corre hacia otra parte más lejana que el encontrar una presa de caza. Siente que corre, como decirlo, hacia sí misma. Pero no lo entiende. Solo lo siente. En la piel.

7

Habían pasado por una llanura interminable, en la que habían cazado por acorralamiento a algunos bisontes, mamuts y grandes caballos. Se detenían algunos días, despresaban al animal, las mujeres sacaban las pieles, las preparaban, las masticaban hasta volverlas suaves al tacto, cocían los trozos al fuego, los hombres comían y dormían sin cesar, abrigados con toldos hechos de palos y pieles, en esta llanura sin concesiones, sin rocas, sin hendidura ninguna donde protegerse. Había sido en esta llanura donde Uhle había comenzado el entrenamiento de Lita. Algo insólito. Pero todos entendían que Lita era una prolongación de Maka. Uhle no se separaba de ella. Tenía un miedo cerval a dejarla sola. La presionaba con sus exigencias de resistencia física. La hacía correr largas distancias sobre el hielo, casi desnuda, vestida apenas con un ceñidor, sin zapatos. Nadie habría resistido este tratamiento, sino se tratara de Lita. Adoraba a su padre y había entendido lo que se esperaba de ella. Además desde niña le había repugnado quedarse encerrada en el círculo de las mujeres mientras los hombres salían de caza. Lloraba agarrada a las piernas de Uhle para que la llevara. Después de la muerte de Maka, todo había cambiado. Uhle la había integrado a la banda de cazadores.

A pesar de la feroz resistencia de los demás hombres, que gruñían y clavaban sus lanzas en el suelo en contra de la incorporación de una niña al grupo de cazadores, Lita los había sorprendido a todos. Su olfato, en primer lugar. Era capaz de seguir el rastro de un animal a miles de pasos de distancia. En las jornadas de pronto se detenía, volteaba su cabeza, con el mismo pelo oscuro con llamas rojizas de su madre, e indicaba en dirección contraria a la que iban. Nunca se equivocaba. Siempre al cabo de sus pasos encontraban al animal.



La resistencia de Lita era insólita. Era una hermosa muchacha de catorce años, delgada, casi demasiado delgada, veloz como un ciervo, de finos pies y manos, hombros anchos y toda nervio, resistencia y velocidad. Huraña, de un genio feroz, solo se dulcificaba con su padre. Los cazadores se habían acostumbrado a respetarla. Tenía dotes. Y caprichos. Se negaba a usar armas.

Y aquí venía lo asombroso. Lita llegaba junto al animal, acechándolo, y de pronto se presentaba ante él. Fuera bisonte, mamut, caballo, guanaco o huemul, los animales quedaban hipnotizados por el poder de seducción que como un líquido, emanaba del cuerpo de Lita. Simplemente, los seducía. Los acariciaba en el lomo, les palmeaba los cuartos traseros, les agarraba las orejas, y ya estaba. El animal pasaba a ser parte de su rebaño. Este se agrandaba cada vez más y seguía a la banda del Milodón como una despensa permanente.

8

Por qué caminamos entonces –rezongaban entre dientes algunas mujeres, cansadas de preparar el equipaje y de partir, siempre hacia delante, sin descanso.

La pregunta tenía una respuesta que había nacido aquella terrible noche. La noche del Milodón Gigante. En su busca iban, para siempre.

No fue sino hasta que iban cruzando el fin de aquella estepa interminable y entrando en un territorio de montañas altísimas, semejantes a aquellas a las que estaban acostumbrados en Asia, que Sat lo dijo.

Oscuramente cada uno entre sueños y oscuridades de sí mismo, se había dado cuenta. Pero nadie lo había querido lanzar fuera de la boca. Todos tenían miedo. Además, no notaban ningún cambio ni dentro ni fuera de ellos. La nueva tierra era semejante a la anterior.

–La sangre del Milodón –dijo un día Sat– cuando todos estaban sentados alrededor del fuego.

–Qué pasa con ella –dijo Uhle, removiendo brasas.

–Nos ha hecho inmortales –respondió Sat.

–Qué es eso –preguntaron todos.

–Que no podemos morir –dijo Sat simplemente, mirando reconcentrada las brasas–. Que no podemos morir. Ninguno de nosotros ha muerto. Y llevamos cientos de miles de lunas caminando. Habrían sido necesarias varias vidas de hombres para llegar a estas montañas. Y nosotros seguimos siendo los mismos. Nadie ha envejecido, ni ha muerto. Y lo que es peor –añadió– nadie ha nacido. Todos seguimos teniendo la misma edad y la seguiremos teniendo hasta... –Se detuvo. Sus palabras le pesaban como una montaña. Todos en la banda quedaron en silencio. Era cierto.

–Hasta cuando –preguntó Uhle.

–Hasta que demos muerte al Milodón Gigante –dijo Uhle–. Solo ahí recuperaremos nuestra capacidad de morir.

–Y para qué queremos morir –dijo uno de los hombres, Cacte, el rebelde–. Podemos apoderarnos del mundo.

Las mujeres se alzaron contra él.

–Qué tonto –exclamaron–. ¿No entiendes que es una maldición de la que tenemos que librarnos? Ser inmortales no nos libra del trabajo, ni del frío, ni del hambre. ¿Quieres seguir persiguiendo presas para comer por toda la eternidad?

Cacte se lanzó contra ellas con su maza. Pero ellas lo detuvieron inmovilizándolo entre todas. Los demás hombres reían. Uhle hizo una señal. Que se calmaran.

–Es cierto, Sat –dijo–. Tienes razón. Tenemos que encontrarlo y darle muerte. Solo así volveremos a ser los que éramos.

9

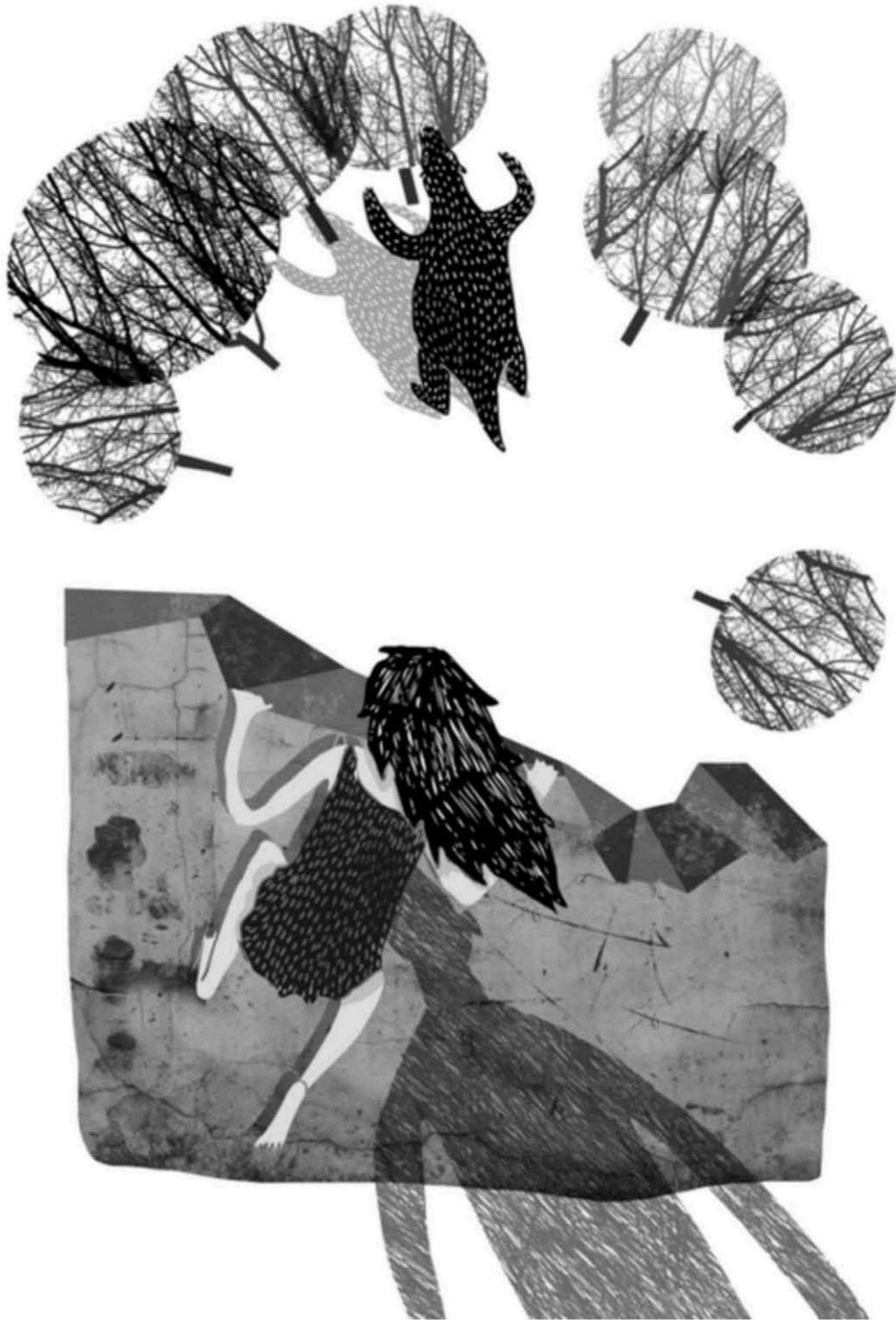
Se hizo un silencio. La peregrinación continuaría. Entrábamos en otra tierra, montañosa, abrupta, de suelo irregular. Estábamos a gran altura. Algunos tenían los labios azules. Hacia abajo, casi imposibles de ver, se divisaban algunos valles verdes. -Iremos por las montañas -decidió Uhle-. Siempre dos o tres irán en busca de noticias. Si el Milodón baja, lo verán. Sabemos que ha tomado este camino. Seguiremos este camino. Las alturas nos protegen, es nuestra fortaleza. Tenemos la visión del mundo y de los humanos. Los valles pueden estar habitados. No entraremos en guerra con los habitantes. Nos concentraremos en una sola cosa. Encontrar nuestro destino. Y así se hizo. Siempre se hacía lo que decía Uhle.

10

Penetraron entonces a un país angosto. Una cadena interminable de altas montañas y hielos lo bordeaba. Abajo, sin embargo, era delicioso. Solo las severas órdenes de Uhle de no bajar podían impedirles a los Hombres del Milodón trotar montaña abajo y penetrar en los deliciosos valles verdes que se veían a lo lejos. Pero también se veían humanos, en bandas, recorriendo por los pastos.

Desde la revelación de Sat, las cosas habían cambiado entre ellos. Ya no eran una simple banda recorriendo la tierra en busca de alimento como hacían las otras. Habían adquirido brusca conciencia de su inmortalidad y de la urgencia de terminar con ella. La eternidad de la existencia les aparecía como una maldición imposible de digerir. Todos, hombres, mujeres niños y adolescentes, que no crecían ni envejecían, se habían unido como un solo hombre en la urgencia de recuperar su condición de mortales. Los enviados adelante, estrategia que Uhle había mantenido por todo aquel tiempo, traían cada día reportes sobre el tipo de animales, el clima y sobre todo, las huellas del Milodón.

El entrenamiento de Lita fue encauzado por Uhle exclusivamente en torno a tratar de hallar por el olfato, los trazos o huellas al Milodón. Este fue avistado finalmente por Lita bajando a uno de los valles que se formaban entre las montañas. A pesar de ser una eximia cazadora, Lita tenía la prohibición terminante de Uhle de acercarse a aquel animal. Era el único con el que no podría jamás probar su hechizo. Esto ejercía una atracción única sobre la bella muchacha. Y aquella vez fue la única vez que intentó desobedecer a su padre. Siguió las huellas inmensas del animal. Sentía fuerte en las narices su olor. Un extraño olor, a miedo, a cansancio, a metal, a sangre, a pasado. Lo siguió, parapetándose entre los riscos. Y estaba muy cerca de él. Lo vio gigantesco más allá de toda medida, más allá de todo cálculo. Quedó asombrada. No recordaba ese tamaño. Su paso hacía temblar la tierra. Entonces sintió sobre su espalda la mano de hierro de Uhle. Se volvió sorprendida. El rostro de su padre estaba descompuesto. Una ira rojiza le cruzaba el rostro. La abofeteó hasta que cayó al suelo. La levantó y la sacudió por los hombros. Gritaba, perdida toda su serenidad, toda su fortaleza. Parecía un niño asustado:



-¡Nunca! ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca te acerques a él! Dilo.

-Nunca... me acercaré a él -repitió Lita asustada por los ojos perdidos de su padre, por

su odio y su temor. Había dejado de ser padre, y de ser entrenador, maestro o cazador. Casi era un hombre. Solo que inmortal.

-Lo haremos los hombres, Lita. Los hombres. Cuando llegue el momento -exclamó Uhle, en voz baja, contenida, tensa.

Entonces mandó bajar al valle a sus hombres y a toda su banda. El Milodón, como siempre, se perdió. Parecía imposible que pudiera eludirlos, pensó Lita. Era tan grande. Y sin embargo, conocía a la perfección el arte de sumergirse entre los ramajes y los bosques.

12

De pronto, la banda del Milodón se vio rodeada por un grupo de seres extraños. Más bajos, levemente más pálidos, de pómulos más altos y ademanes cautelosos, los miraban asombrados, sin atacarlos, solo rodeándolos. Uno de ellos se adelantó con unos objetos en las manos. Eran peces secos.

Hacían señas, adelantando los peces en sus manos e indicando las lanzas y las pieles.

-Trueque -dijo Sat-. Quieren hacer trueque.

De pronto, el que parecía jefe de ellos, vio la bolsa de pieles de donde sobresalía la pálida cabeza de Maka. Aún conservaba por los hielos su expresión de sueño plácido con la que había muerto. Los hombres se acercaron a ella y le palparon la piel. Uhle había comenzado a enarbolar su maza, cuando se volvieron y le hablaron en un idioma desconocido. Luego hicieron calurosas señas de bienvenida y de que los siguieran.

13

Fue entonces, piensa Lita, cuando mi madre comenzó de nuevo a vivir entre nosotros. Así, tal cual suena. Los Chinchorro la tomaron y la dejaron casi viva, exactamente igual a como cuando estaba con vida, sentada en un pequeño sitial, con su pelo envuelto en un turbante de lana muy bello, y su piel, sus ademanes, sus hombros anchos, su mismo vestido. Toda ella parecía viva. Nadie se atrevía a tocarla. La tuvieron una luna en una choza en su pueblo, cerca del mar. El ruido de las olas nos recordó otras olas lejanísimas que creíamos haber olvidado. Pero no. Nada se olvida. Luego salió Maka, casi viva, casi de verdad, tanto que Uhle, su compañero lanzó un grito y se desplomó. Era Maka, mi madre, recuerda Lita, momificada. Parecía a punto de decir algo. Solo sus ojos, sus ojos estaban muertos. Tomaron a mi padre, sigue recordando Lita y lo llevaron a una de las cabañas. Le dieron unos polvos medicinales. Uhle pasó muchos días tendido sobre paja, delirando. Luego, volvió a ser el de siempre. Entonces hizo la señal. La señal que todas las mujeres de la banda odiaban. Todas, excepto yo. La señal de partida. La banda del Milodón volvió a ponerse en marcha, esta vez con dos hombres atrás, cerrando la marcha. Llevaban a Maka, casi viviente, sentada, impertérrita y lejana a la vida, sobre su sitial. Maka momificada por los Chinchorro a cambio de pieles, puntas de lanza y morteros. La habían dejado tan real, tan viva, que parecía a punto de hablar. Un bello turbante de pelo natural decoraba su cabeza y su rostro sonreía con esa misma sonrisa suya...



14

Lita recuerda todo esto y sabe que ha dejado cientos de años sin recordar. La gente de la banda ha vivido demasiado.

Atravesaron todo Chile. Así se llamará esa región, desde las montañas. Estaban acostumbrados a fríos intensísimos y nevazones cerradas. Cubiertos de pieles, protegidos contra el viento y la nieve, los 16 parecían veleros inmortales, sin tiempo avanzando contra el tiempo. Y así era. Atravesaron todo Chile, cazando los animales que se atrevían a subir hasta las cumbres.

No bajaron ya. Desde lejos vieron extensiones de bosques y pueblos que vivían, nacían y morían ante sus ojos. No querían ser vistos. Los animales del rebaño de Lita fueron muriendo sucesivamente, quedando como quejidos en el camino. Solo el Milodón Gigante seguía su marcha incesante hacia allá, allá, aguijoneado –tal vez– por la banda, que lo seguía sin cesar, en una especie de diálogo de perseguido y perseguidor, mudo y claramente reconocible. Poco a poco el frío iba disminuyendo su dureza. Las nieves y las alturas se hacían más bajas y mas domables. Entraron a una zona de bosques impenetrables que mucho después, en la boca de otros hombres, admirados por los seres que allí vivían, se llamaría Patagonia.

15

El Milodón se cansaba. Se dejaba ver cada vez más a menudo. Los cazadores habían logrado acercarse hasta él a extremos de poder lanzar una o dos lanzas, que habían rebotado sobre su dura piel de cientos de años. Pero ya no escapaba con la cautela ni la inteligencia de antes. Torpes, sus huellas inmensas aparecían cada vez más cerca de los hombres de la banda. Se diría que pedía que lo cazaran, que lo liberaran de esta huida infinita.

El rebaño de Lita se había terminado. Su relación con Uhle era terrible. Uhle, cada vez más posesivo y autoritario, quería vigilar cada uno de sus movimientos. Temeroso e inseguro veía cómo Lita a pesar de seguir ahincada en sus catorce años y en un cuerpo de niña, había ganado una experiencia que la hacía conocer como un cazador experto – más experto que él– cualquier terreno.

Ella seguía persiguiendo a los animales por el placer de competir con su rapidez y reflejos. Daba caza a guanacos, huemules, a los que traía de los belfos y los convertía en mansos seguidores de la banda. Pronto eran sacrificados. No habían presas mayores que permitieran comer por varias semanas como antes. Algo había en el clima que hacía más voraces a los hombres. Nada los llenaba. Dormían bajo las pieles sujetas con palos para resistir la intensa lluvia que llenaba el mundo de hojas y gotas.

16

A Lita le gustaba este mundo final. Presentía que más allá volverían a aparecer los hielos del inicio y no se equivocaba.

Esa mañana, en medio de la niebla, Lita se hundió en el vasto bosque persiguiendo un huemul, guiada por su olfato y la fina percepción del derrotero que elegía el animal. –Psst, psst –iba diciendo para tranquilizarlo. No le iba a hacer daño. Solo lo iba a traer a formar parte del rebaño.

De pronto, un proyectil pasó ante sus ojos y se clavó en un árbol. Lita se detuvo en seco. Era de un ser humano. De eso no cabía duda. Una pequeñísima especie de lanza volando en el aire a toda velocidad y ensartándose profunda en la corteza de un maitén. Lita se acercó y después de un forcejeo, la sacó. Entonces, detrás de un helecho gigantesco apareció un ser que trastornó a Lita.

Era un muchacho. Un simple muchacho flaco, alto, de piernas delgadas, de torso casi niño, mucho más débil que ella, pero de su edad, la miraba como si hubiese visto una aparición y no fuese él el perseguidor, sino el huemul perseguido. Sus ojos de ciervo, grandes, eran castaños y su piel tenía un tinte rojizo. Estaba pintado con rayas blancas horizontales en el cuerpo. Lita se acercó a él y él retrocedió mirándola con ojos de asombro ilimitado. Lita extendió la mano y lo tocó. Era lo mismo que con los huemules y los guanacos. No. No era lo mismo. Apenas lo hubo tocado, aunque el muchacho se echó para atrás, Lita sintió una emoción desconocida. Entonces él habló.

-Scort -dijo y luego lo repitió.

Lita comprendió que era su nombre.

-Lita -respondió en voz baja, para no asustarlo.

Pero se mantuvo a una distancia prudente. A él no podía darle caza. Y solo quería seguir estando cerca. Que no se desaparezca, rogó. El muchacho entonces muy lentamente le tocó el largo pelo rojizo. Parecía no creer en su color ni en su densidad. Sus ojos negros brillaban. Lenta, muy lenta, apareció una sonrisa en su cara.

-Scort -dijo Lita. Su memoria prodigiosa no la abandonaría nunca.



Él reaccionó con una sonrisa abierta y se largó a hablar en un idioma que Lita no había oído nunca. Ella levantó los brazos. No entendía nada. Lita fue hacia el árbol y sacó la flecha y comenzó a examinarla atentamente. Luego miró hacia él y vio la vara tensa con la cuerda. Él comprendió. Tomó la flecha, tensó la cuerda, apoyó la flecha en la cuerda y la soltó. Lita saltó hacia un lado como una pantera, asustada. La flecha fue a enterrarse en un árbol mucho más lejano. Entonces Lita comprendió que estaba ante un invento prodigioso. Se lanzó arriba del muchacho y trató de quitarle el arco. Él se desligó de sus fuertes brazos y escapó a perderse. Lita comenzó a seguirlo. Pero al poco correr se detuvo, asombrada. Por primera vez en su vida, no sentía el olor del rastro. En cambio sentía otro olor, un extraño olor a fuego y a cenizas en el aire. Y tuvo miedo. Volvió

corriendo, como un celaje, adonde había dejado a la banda.

19

Encontró una revolución en el campamento. Las mujeres levantaban las cosas como si fueran a partir de nuevo y corrían para todos lados. Los hombres preparaban sus armas, se engrasaban el cuerpo y detrás de las rodillas para lograr más agilidad. En medio del bosque, el movimiento del grupo lo hacía parecer un pequeño pueblo. Lita se acercó a su padre.

-¿Dónde estabas? -gruñó Uhle, excitado-. Lo hemos visto. Pasó por aquí en dirección a esas rocas. Se metió en una cueva altísima. Así me lo han dicho los exploradores.

-Vamos entonces -dijo Lita, aprestándose. Sabía que esta era la única vez que su padre se lo prohibiría. Y así fue.

-No, dijo Uhle-. Tú no vas.

-¿Por qué? -preguntó Lita firme-. Soy cazadora. Soy mejor cazadora que cualquier hombre tuyo. Puedo ir.

-No vas -dijo Uhle-, empujándola hacia atrás, con brusquedad. Sus ojos estaban idos, inyectados en sangre. Parecía haber usado de nuevo aquellos polvos que le habían dado los Chinchorros. Cuando los inhalaba Uhle cambiaba. Se transformaba en un ser lejano y alterado.

Los hombres de Uhle la empujaron al pasar con sus armas.

-Tú, quédate aquí, niña -dijeron-. Vamos a matarlo. Está en aquella cueva. No hay que seguir ningún rastro. Es una batalla. Anda con las mujeres-. Y partieron felices. Por fin podían estar solos con su jefe en algo de hombres.

Lita comprendió. Habían pasado cientos de años solo para esta ocasión. Volvió con el grupo de las mujeres que habían encendido el fuego, hecho de comer y mascado pieles y machacado semillas por cientos y miles de años. No la recibieron y le dieron la espalda. Lita no pertenecía a ellas.

20

Lentamente, siguió el rastro de los hombres. Estos entraron a la cueva. Lita entró detrás de ellos. La altura de los techos la impresionó. Nunca había visto una cueva tan grande excavada en la roca. Desde arriba caían hilos de agua. El mismo olor a fuego lejano y cenizas la golpeó en las narices de nuevo.

Desde detrás de una roca Lita vio la terrible batalla del Milodón acechado por los hombres de Uhle. Estos habían tapado la entrada con una hoguera. El Milodón le tenía horror al fuego. Los hombres de Uhle le clavaban sus lanzas desde todos los puntos de la cueva, trepando por las rocas, bajando por ellas. El animal, cansado y herido se sentó en sus cuartos traseros y comenzó a manotear.

Entonces Uhle se acercó con su lanza y la lanzó con un movimiento soñado y pensado hacía cientos de años. Directa y sólida, la lanza entró entre los ojos del animal, donde este tenía un pequeño triángulo de piel blanca. Era el golpe que esperaba el Milodón. Cayó lento y desmañado sobre su propio cuerpo y expiró.

Estaban libres. Los Hombres del Milodón estaban libres. Se miraron sin poder creerlo. Después de todo ese tiempo, Maka estaba vengada y ellos estaban libres de la maldición de la inmortalidad.



21

Entonces Uhle dio por segunda vez su famoso grito. Era tan potente que las paredes de roca se estremecieron.

Y Lita al sonido de aquel terrible grito, salió huyendo. Huía locamente, pisando ramas, árboles, bosque, agua, pantano, todo. Huía sin saber que huía. Se dijo a sí misma que iba tras un huemul. Corría, corría sin pensar en sí, sin pensar sino en correr y poner distancia, por fin distancia entre ella y su padre, sus rígidas órdenes, sus terribles ojos, sus entrenamientos agotadores, sus miedos, sus amenazas, sus ademanes posesivos. Corría, corría. Ella era el huemul, ella la presa, que corría para poner separarse de todo lo que la había rodeado desde el nacimiento y ella misma. Corría para crecer, para olvidar que era hija de un padre reconcentrado que había cargado una madre muerta por quinientos años, corría hacia allá, hacia más y más y más allá.

El bosque comenzó a hacerse cada vez más impenetrable y húmedo. Lita supo que estaba entrando en un territorio distinto. Y entonces, en medio de su carrera, de su escape, supo que corría en pos de él, de Scort. Entonces sintió el temblor. Vio a lo lejos el fuego, donde había quedado la banda, o tal vez más allá, y la tierra comenzó a moverse de una forma tan violenta que apenas Lita podía caminar. Renunció a seguir corriendo. Desconcertada trató de volver atrás. Caminaba afirmándose en los árboles, como lo hacía Uhle su padre, cuando aspiraba aquellos polvos de la tableta que le habían dado los Chinchorros.



Entonces, a pesar de que retrocedía, llegó a un lugar que la dejó estupefacta. Era la orilla del mar. En la otra orilla vio a la banda que le hacía señas, en medio de una nube de fuego y cenizas y de violentos movimientos. La tierra donde estaba Lita se había separado de la tierra del mundo y comenzaba a navegar. Sintió a lo lejos, apenas como un sonido pequeño el potente grito de su padre. Ya estaba lejos de su alcance, de sus órdenes, de sus iras, de sus mandatos. Ya estaba lejos de sus caricias y de sus llantos. Ya estaba lejos de todo su mundo. Lita vio como lentamente se perdían. Volvían. Volvían de regreso por los bosques. A pesar de que sabían que ninguno regresaría, volvían de

regreso soñando con las estepas de Asia que habían dejado. Soñando con que alguno de sus hijos pudiera regresar algún día.

Lita se dio media vuelta y comenzó a caminar. No sentía miedo. Una seguridad ancha y fuerte hacía seguro su paso. De pronto vio una extensión de hielo. Al acercarse vio que no era hielo, sino agua. Se acercó al borde de los árboles e inclinándose hacia abajo, se vio, por primera vez en su vida, a sí misma. Su figura, no muy alta, delgada, nervuda, de pechos incipientes, de caderas estrechas, levísimamente redondeadas, su pelo oscuro cayendo en cascada por su cara hacia el agua. Sus pómulos altos. Sus ojos oscuros y antiguos, de cientos de años.

Lita se vio y sonrió. No había sonreído nunca. Entonces quebrando su reflejo, vio una canoa de piel tensada con varas, las mismas de la herramienta que la había maravillado tanto. Y entrecerrando los ojos, sin mirar, supo que el que estaba en la canoa era, por fin, Scott, su hombre, con el que habría de convertirse en yámana y vivir los dos juntos engendrando toda una generación en el sur, más allá de todos los allá de este mundo. Ni siquiera tuvo necesidad de mirarlo ni de sentir el grito de él sonando sobre el agua.

23

Scort gritó su nombre de nuevo desde el agua. Y poniéndose de pie sobre la delgada canoa de dos puntas que se veía como un gran zapato, de los que habían usado para atravesar Asia, rodeados de pieles, Lita vio como elevaba el arco y se lo ofrecía, con los ojos tan suaves, tan suavísimamente suaves que Lita sintió por primera vez su corazón, su propio corazón, la piel de su propio corazón funcionando en el pecho. Ya no era la velocidad o la destreza o el reflejo exacto o el olfato perfecto para seguir la huella de ningún animal. La presa era ahora ella misma. Y cazada por el único ser en el mundo que quería que la cazara. Lento, Scort descendió de la canoa.

24

La tierra seguía moviéndose con estertores aislados mientras del volcán se veían a lo lejos ríos de lava ardiente que bajaban, como dedos de muerte sobre el continente. Él venía a salvarla. La había encontrado no con la destreza de su olfato, sino con su deseo de muchacho enamorado.

Entonces Lita recostada en la saliente de roca desde donde veía otra Lita reflejada en el agua límpida naciendo del hielo de ese lago o mar que recién comenzaba a nacer, sintió nuevamente que la sangre corría por sus piernas, como cuando Uhle, su padre la había sangrado para que lograra más velocidad y resistencia. Solo que ahora la sangre venía de su interior, y se deslizaba entre sus muslos naciendo de una vertiente desconocida dentro de su pubis de muchacha. Era una sangre distinta. Sin la ferocidad ni el salvajismo de su corvas cortadas. Esta era una silenciosa sangre que salía de su ser de mujer, tibia, densa, una sangre con los brazos abiertos, un manantial mudo y ancho. Sintió sueño. Miró a Scort, que la miraba con una admiración brillante, deseosa, lleno de júbilo por haberla encontrado.



Ahora, aunque no lo sabían, habían quedado aislados del continente para siempre. Acababa de abrirse el Estrecho de Magallanes, 10.000 años antes de ahora en el gran deshielo del final de la época glacial Wisconsin y ellos serían los primeros habitantes de la isla grande de Tierra del Fuego. Los primeros hombres. Los yámanas, porque serían los que se irían más y más allá, cumpliendo el deseo de Lita de alejarse de los Hombres del Milodón. Luego, cientos de años después vendrían otros grupos a poblar el norte y el centro de la isla. Serían los selknam, los hombres del norte, como les decían en idioma yámana, los onas. Pero con ellos no formarían familia.

La habían formado ya Lita y Scort, solos en la inmensidad del final del mundo.

Lita suspiró. Por fin podría dejar de correr, pensó. Un súbito bostezo de cansancio subió a su boca de muchacha hecha de vida y muerte, de risa y llanto. Era mortal, por fin, suspiró. Y afirmó su cabeza en el hombro de Scort, mientras comenzaban a caminar más

y más allá.